

CANTO XX DE LA ODISEA

Antecedentes de la matanza de los pretendientes

EL REBOSAR DE LA IRA DE ULISES

El fin de este libro es cargar de metralla la bomba, prender ya la mecha para la explosión. En él se llevan al límite todos los hilos estéticos preparatorios para la venganza: las desvergüenzas de los criados, las angustias insostenibles de su esposa, el cinismo de los fementidos pretendientes. En él el corazón de Ulises va a tener que estallar de ira y su estallido repercute en la visión terrorífica y presagiadora de Teoclimeno.

Cuatro peldaños pueden señalarse en la preparación de esta ira. Primero la desvergüenza de las criadas, segundo el llanto de la esposa, tercero el insulto del criado infiel, cuarto el golpe de los pretendientes. En medio, para variedad, se describe la preparación del último banquete, y al final como complemento se pone la visión de Teoclimeno.

ESCENA I

LA DESVERGÜENZA DE LAS CRIADAS

«Pero él dormía en el vestíbulo, el divino Ulises. Echó un crudo cuero de buey y encima muchas pieles de ovejas, que habían sacrificado los Aqueos. Y Eurínome —cómo no— le echó un manto ya acostado. Allí yacía Ulises despierto, tramando en su ánimo males para los pretendientes. Y ellas, las mujeres, de casa salían, las que con los pretendientes ya antes solían mezclarse, riéndose y regocijándose unas con otras.

A Ulises se le saltaba el corazón en su querido pecho. Y daba muchas vueltas en su espíritu y en su corazón revolviendo si daría un salto y mataría a todas ellas o si dejaría que todavía se mezclasen con los pretendientes soberbios por postrera y última vez, y el corazón por dentro le ladraba.

Como una perra ronda al rededor de los tiernos cachorrillos porque ha visto a un hombre que extraña y le ladra dispuesta a atacarle, así —cómo no— a Ulises le ladraba por dentro el corazón, irritado por tales infamias. Y pegándose en el pecho, al corazón le reñía diciendo: «Aguanta, corazón, que más cínico que esto fué lo que aguantaste el día aquel en que con su fuerza irresistible me comió el Cíclope mis mejores compañeros. Y tú aguantaste hasta que tu maña te sacó de la cueva, creyendo morir».

Así dijo, conteniendo en el pecho su querido corazón. Y éste se quedó muy dócil aguantando de firme. Pero Ulises seguía dando vueltas de un lado para otro. Como cuando un hombre al calor de un gran fuego encendido vuelve para un lado y para otro un vientre bien lleno de grasa y de sangre deseoso de asarle cuanto antes, así —cómo no— daba él vueltas de un lado para otro pensando en cómo podría ya echar mano a los pretendientes descarados, siendo él uno sólo para tantos... A su lado se le puso Atenas bajada del cielo: por el aspecto parecía una dama. Se acercó a su cabeza y le dijo estas palabras: «¿Cómo estás así despierto, tú el de peor estrella de todos los hombres? Si esta es tu casa, si tu mujer está aquí en casa y tu hijo, que muchos quisieran que fuese su hijo».

Y respondiéndola la dijo el de tantos recursos Ulises: «Sí, ya, todo ésto, oh diosa, muy a punto lo has dicho. Pero es que mi ánimo revuelve otra cosa: cómo podré ya echar mano a los pretendientes descarados siendo yo uno sólo, y estando ellos siempre juntos dentro... Y otra cosa todavía mayor revuelvo en mi ánimo: pues si les mato con la ayuda de Zeus y tuya, ¿a dónde me escapo?. Esto te pido que pienses». Y a su vez le dijo la diosa Atenas de brillantes ojos: «Desconfiado, hay quien confía en un compañero de peor condición que yo, en un mortal que no sabe tantos recursos... Y yo que soy una diosa y siempre te guardo en todos los trabajos... Te dire ter-

minantemente: aunque nos rodeasen cincuenta escuadrones de hombres mortales ansiosos de matarnos en la guerra, aun a ésos les llevarías tú sus bueyes y pingües rebaños. Así que a dormir ahora: Que no es poco fastidio velar toda la noche despierto. Y de los males ya vas a salir en seguida». Así dijo, y —cómo no— a él le iba infundiendo el sueño sobre los párpados, mientras ella se volvía al olimpo, la divina entre las diosas».

* * *

En esta primera escena aparece bien caracterizada la trayectoria de esta rapsodia: una infamia de la casa que excita el coraje de Ulises y el deseo de vengarla, la dificultad de dar realidad a esa venganza que le hace ser cauto y pensar bien todas las salidas, la asistencia de un ser superior a esta empresa, que le asegura el éxito y el pronto éxito. Pero, ¿cómo será? Queda encubierto.

Ulises duerme en el vestíbulo de la casa. Una piel de buey aún no curada por colchón, unas pieles de ovejas por mantas. Allí duerme Ulises..., digo mal, allí vela meditando males contra los pretendientes... Es la tesis de la rapsodia, es el fuego encendido en el ánimo del héroe, al que el poeta va a ir echando leña en esta rapsodia. La primera brazada la echan las criadas. Salen tan despreocupadas de la casa —riéndose y en juerga— a pasar según costumbre la noche con los pretendientes. Ulises que las ve desde su lecho siente que se le revuelve la ira en su ánimo. El fuego de la indignación se levanta en grandes llamaradas y piensa en dos cosas, o dar un salto y dejarlas allí a todas muertas, o permitir todavía que se vayan con los pretendientes por postrera y última vez... Es otra nota típica de la rapsodia el «por postrera y última vez». En esta misma rapsodia rebotará toda su ira y todo llegará a su límite.

Esta lucha interna de Ulises la pinta el poeta con trazos épicos robustos. «El corazón por dentro le ladraba..., como ladra una perra rondando sus cachorros cuando le extraña un hombre y quiere atacarle, así le ladraba por dentro irritado por aquellas infamias»... La energía de esta comparación nace de la sintonización entre la perra que ladra y que quiere tirarse a morder y el héroe que quiere también echar la garra

a los pretendientes y a sus compañeros. Y el ladrido del corazón está anunciando esta nota, acusada en la realista comparación de la perra rondando a sus perrillos y viendo al hombre extraño a quien quiere morder... Así le ladraba por dentro irritado por aquella infamia.

Si la comparación es viva y robusta, aún lo es más el monólogo. Parece que la trayectoria de la comparación sería levantarse y tirarse a morder... Pero el poeta con una robustez y vigor de contraste imponente le hace «pegarse en el pecho —que se le quería saltar— y reñir a su corazón —que quería estallar— con estas palabras: «Aguántate ahí, corazón»... Expresión vigorosísima que refleja mejor que todas las descripciones la fuerza con que se le saltaba y las atmósferas de su indignación. «Aguanta ahí, corazón»... Expresión que refleja la prudencia suma de Ulises, que todavía no lo tiene todo preparado y provisto y un paso prematuro pudiera estropearlo todo. «Aguanta ahí, corazón»... Expresión sublime por su alcance épico, reflejadora del alma heroica de un hombre que lleva veinte años aguantando... Y ¡en cuántos trances y en qué situaciones!... «Aguanta ahí, corazón», expresión de incalculable trascendencia para la vida, donde muchas veces por no saber aguantar se estropean muchas empresas y muchos trabajos... «Aguanta ahí, corazón»...

¿Y por qué va a aguantar? Porque aunque la infamia es muy grande y muy cínica, más cínico fué lo que aguantó un día cuando el Cíclope abusando de su fuerza le iba comiendo a su misma cara sus mejores compañeros... «Y tú aguantaste hasta que tu maña te sacó de la cueva donde te dabas por muerto»... Otra sintonización maravillosa —la de la cueva del Cíclope y el vestíbulo de su casa—, donde el tercio está en el peligro que corre en las dos aventuras cumbres de Ulises —por la desproporción entre sus fuerzas y las de sus contrarios—, allí el irresistible Cíclope, aquí el escuadrón cerrado de todos los pretendiente. Pero así como allí la maña venció a la fuerza, así aquí la puede vencer...

Mas para eso no hay que precipitarse, hay que saber esperar y hay que dar tiempo a la maña... Y sigue recargando con nuevos trazos esta lucha interior que le causaba el sacri-

ficio de aguantar: «Así dijo conteniendo en los pechos a su querido corazón. Y este se le quedó aguantando muy dócil de firme. Pero él se revolvía de acá para allá. Como cuando un hombre da vueltas al fuego grande, encendido, a un vientre lleno de grasa y de sangre que le vuelve para acá y para allá deseoso de asarle cuanto antes: así —cómo no— Ulises se revolvía de un lado para otro pensando en cómo echaría ya mano a aquellos desvergonzados pretendientes». La comparación sigue sintonizando en sus rasgos fuertes con el tema. Es la sensibilización de la lucha interna que tenía que sostener el héroe para no lanzarse, y que se manifiesta en la inquietud de quien no puede estar quieto en la cama por una gran preocupación y un gran malestar. Tres veces repite el poeta este andar dando vueltas de un lado para otro, reforzado por la típica comparación del vientre cargado de grasa. Y vuelve otra vez a formular la preocupación y el malestar, alma de la presente rapsodia: «Meditando cómo echar mano a los infames pretendientes siendo él sólo para tantos»...

El interés estético de este problema merece darle más extensión, y el poeta lo dramatiza con la aparición de la perpetua protectora de Ulises, Atenas. Con ella tramó la matanza, con ella consulta los últimos detalles. La diosa le encuentra despierto y le tira de la lengua diciendo: «¿Cómo estás despierto teniendo ya todo lo que deseabas, casa, mujer e hijos?». «Es verdad, contesta el héroe, pero aún me falta otra cosa, y es castigar a los pretendientes. Y esto es lo que me preocupa por dos razones. Primera, por la impotencia, siendo yo sólo y ellos tantos y yendo siempre juntos. Segunda, por las consecuencias, pues aun cuando los matase, queda luego la otra dificultad: ¿A dónde voy, o qué hago para librarme de la venganza de sus familiares?». Dos dificultades que revelan el carácter previsor y cauteloso de Ulises, y que excitan la curiosidad del lector al plantearlas tan claramente y dejarlas sin solución. Mejor dicho, al prometer solución y no decir cuál.

Porque la diosa sólo reprende su falta de fe y de confianza. «¡Incrédulo!», le llama. ¿Y en qué está la incredulidad? En que cuando otros confían en compañeros impotentes que no son dioses ni tienen tantos recursos como los dioses, él des-

confía de ella siendo diosa y habiéndole siempre sacado con bien hasta ahora. Y le hace una afirmación aplastante. ¿Qué son muchos los pretendientes? Aunque fueran cincuenta escuadrones los que nos cercasen para matarnos, con mi ayuda tú te escaparías llevándote todos sus bueyes y rebaños. Por eso duerme tranquilo, que es malo velar toda la noche, y ya estás para librarte de todos los males». Son dos promesas en vez de una: Primera, que triunfará, y segunda, que será pronto. ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo dice. Pero ha despertado en nosotros la acuciante curiosidad, aumentada por la proximidad del desenlace. Es la otra nota de esta rapsodia: el límite, el rebosar de la copa de la ira...

ESCENA II

EL LLANTO DE PENELOPE

Cuando le cogió el sueño que desata las preocupaciones del ánimo, el sueño que suelta los miembros, su esposa despertó con pensamientos castos, y lloraba —cómo no—, sentada en la cama blanda. Y cuando ya lloró hasta cansarse en su ánimo, lo primero empezó a suplicar a Artemis, la divina entre las mujeres: «Artemis, diosa y señora, hija de Zeus, ojalá que disparándome ya un dardo en el pecho me arrancases la vida ahora en seguida. Ojalá que arrebatándome la tormenta me llevase vertiginosa por los caminos del aire y me arrojase por las desembocaduras del refluyente océano. Como cuando a las hijas de Pándaro se las llevaron las tormentas. A éstas los padres se los mataron los dioses, y ellas quedaron huérfanas en sus palacios y las regalaba la divina Afrodita con cuajadas, dulce miel y delicioso vino. Hera las dió sobre todas las mujeres beldad y prudencia, y las otorgó estatura Artemis la santa, y las enseñó Atenas labores admirables que hacer. Mientras la divina Afrodita se encaminó al ancho Olimpo a pedir el cumplimiento de las floridas bodas para las jóvenes a Zeus que se goza con los rayos —porque él lo sabe todo muy bien, los hados y los no hados de los mortales hombres— mientras tanto las Harpías se arrebataron a las doncellas y —cómo no— se las entregaron a las aborrecibles Erinias para que las cuidasen.

Así a mí ojalá me hagan desaparecer los que habitan las moradas olímpicas, o me hiera Artemis, la de bellas trenzas, para que con sólo la mirada puesta en mi Ulises baje aunque sea al fondo de la temida tierra sin satisfacer el plan de ningún otro hombre inferior. Pero esto todavía es un mal aguantable, cuando uno después de llorar todo el día, apenado en el fondo del alma, puede a la noche coger el sueño que le hace olvidarse de todo, de lo bueno y de lo malo, cuando le venda los párpados, pero a mí aun los sueños me los manda malos algún dios. Porque esta noche precisamente se me representó uno muy parecido a mi Ulises, como él era cuando se fué con la tropa... Y mi corazón se alegraba, pues me parecía que no era un sueño, sino una realidad ya». Así dijo, y al punto llegó la aurora de trono de oro.

Cuando ella lloraba, su voz —cómo no— la oyó Ulises divino. Quedó luego traspuesto y le pareció en su ánimo que su esposa reconociéndole ya se le acercaba a la cabecera. Cogió pues el manto y las pieles en que dormía y los puso en la sala sobre una silla, el cuero de buey lo sacó y dejó fuera de las puertas, y suplicó así a Zeus levantando las manos: «Padre Zeus, si es que por voluntad vuestra he sido traído por tierra y por mar a mi propia tierra, después de tanto sufrir, que alguno de los hombres que están despiertos me dé algún presagio aquí dentro, y fuera me ofrezca otro el mismo Zeus».

Así dijo suplicando. Se lo oyó Zeus, el de tantos planes, y en seguida tronó desde el radiante Olimpo, desde arriba, desde las nubes. Y se alegró el divino Ulises. El pronóstico de casa se lo dió una molinera bien cerca, desde donde tenía —cómo no— los molinos el pastor de pueblos: diez mujeres en total los movían haciendo harina de cebada y de trigo, médula de hombres. Todas las otras —cómo no— estaban ya durmiendo, pues habían molido ya todo su grano, y ella sola no había acabado, la más débil de todas. Esta fué —cómo no— la que parando el molino dijo unas palabras, pronóstico para su señor: «Padre Zeus, que imperas en dioses y hombres, qué fuerte has tronado desde el cielo de estrellas sin que haya una nube en él: prodigio es éste que para alguno muestras. Cúmpleme ahora también a mí, desgraciada, esto que voy a decir: que los pretendien-

tes tomen por postrera y última vez en este día la grata comida en los palacios de Ulises, ya que me han hecho desfallecer mis rodillas con un cansancio atormentador moliendo el trigo. Que ahora coman por última vez. Así dijo —cómo no—, y se alegró con el augurio el divino Ulises y con el trueno de Zeus: porque pensó que tomaría venganza de los criminales».

* * *

Es otro avance hacia el fin, hacia el rebosar de la cólera. De tipo distinto del anterior: allí era la infamia de las criadas y el libertinaje de los pretendientes, aquí es la angustia suprema de su esposa casta acosada por esos mismos pretendientes. Pero las dos del mismo signo: exasperación de su cólera y ansias de pronta venganza. Ansias con casi certeza...

Cuando a Ulises le cogió el sueño soltando las preocupaciones de su ánimo como soltaba sus miembros, su casta esposa se despertó y sentada en la blanda cama empezó a llorar. Su llanto refleja su angustia suprema... Es que ha llegado el día de la resolución, la temida, la odiada, la fatal resolución... Y en la soledad de la noche siente que se le desgarran el alma al ver que viene irremisiblemente la aurora en que va a tener que abandonar a su primer esposo —por cuya fidelidad ha luchado veinte años— para tener que irse con otro con quien no quiere ir. Y en esta angustia suprema desea morir, ya que la muerte es la única que la puede librar de tanta desdicha. Por eso la pide suplicando con palabras expresísimas: «Artemis, diosa cazadora que te gozas con los dardos, clávame uno en el pecho con el que me arranques la vida ahora mismo. Arrebátame sino una tormenta y lléveme por los aires oscuros bien veloz hasta arrojarme por las desembocaduras del océano...». Es decir, hazme desaparecer lo antes posible y lo más posible..., porque hoy empieza mi martirio. ¡Hoy! Momento límite, crucial... como le gusta a Homero.

Y para armonización y para variedad, cuenta el mito de las hijas de Pándaro arrebatadas también por la tormenta. Huérfanas de sus padres, eran cuidadas por Afrodita. Hera y Artemis las dieron sus gracias, Atenas su arte. Mas, llegadas a la edad de casarse, las Harpías las arrebataron y se las dieron

a las vengadoras Erinias. «Así me hagan desaparecer a mí también los dioses para que baje a la tierra con la imagen pura de mi primer marido, sin que tenga que ser botín de otro...».

Este mito, como hecho para variedad y armonización de un momento cumbre, está trabajado con todo arte. Su secreto está en el contraste entre las notas delicadas y fuertes, tristes y alegres. La primera nota es fuerte y triste: hijas de Pándaro arrebatadas por la tormenta, les matan sus padres los dioses, y ellas quedan huérfanas en el palacio. La segunda es delicada y suave: en su orfandad las cuida Afrodita con cuajadas, miel dulce y delicioso vino. Hera les da sobre todas las mujeres belleza y prudencia, Artemis las concede esbelto talle y Atena las enseña labores admirables.

Cinco cosas abarca esta idealización delicada: a) el cuidado de las huérfanas, b) la persona que las cuidaba: la diosa Artemis, c) las cosas con que las cuida —las más delicadas— leche, miel y vino, con los epítetos de dulce y delicioso, d) las dotes personales tan exquisitas de las doncellas —belleza, prudencia, talle y arte—, e) las personas que intervienen en desarrollárselas: las diosas más principales, Hera, Artemis, Atena. Así la intervención de las cuatro diosas caracteriza esta idealización delicada. Por último, la nota fuerte y triste, con contrastes internos: «Cuando Afrodita subió al ancho Olimpo a pedir a Zeus la boda floreciente de las doncellas —a Zeus que se complace con los rayos—, porque él sabe todas las cosas, las buenas y las malas impuestas por el Hado a los hombres»... parece que el poeta está dando tiempo para que las arrebaten —«mientras tanto arrebataron a las pobres doncellas las Harpías y se las entregaron para su custodia a las terribles Erinias»...—.

Eran ellas hijas de un sacrilego ladrón del templo de Zeus, y por eso expiaron con tan triste suerte el pecado de su padre. Y este mismo contraste entre los dioses que dan muerte a su padre y la compasión que huérfanas tan tiernas excitan en las diosas para caer luego de mayores bajo el dominio de las Harpías arrebatadoras y de las vengadoras Erinias..., es impresionante.

Este mito hemos dicho que tiene dos fines, el de la varie-

dad y descanso con que remozza la nota continuada y principal de este canto —el rebosar de la ira— y la armonización del tercio de la comparación: como aquellas fueron arrebatadas el día de sus bodas, así yo lo sea también en este día. Ellas, tan delicadas y tan desgraciadas... como yo. ¿Por qué quiere ser arrebatada la casta esposa? Porque quiere morir no siendo mujer nada más que de Ulises, y hoy la van a obligar a irse con otro. Por eso... «mátame ahora enseguida». Verdaderamente que Penélope se revela aquí la mujer casta y fiel, y refleja su angustia suprema. Como el lector sabe lo que ella no sabe, el placer estético que se siente al verla en su angustia al par del remedio... es inmenso. ¡Si se lo pudiera decir!...

El poeta comprende esta ansia del lector y casi se lo va a decir con ese lenguaje misterioso que suele darse en estas ocasiones supremas y es el del presentimiento, el del sueño, el de las corazonadas. «Todavía cuando de día se llora y de noche se duerme, es el mal llevadero, porque el sueño hace olvidarse de todo, de lo bueno y de lo malo, una vez que ha vendado los ojos; pero es que para mí la noche es tan mala como el día, con mis malos sueños. Mira que hoy he soñado que estaba junto a mí uno como él cuando se fué a la guerra. Y yo me alegraba, tan persuadida de que no era un sueño sino una realidad». Y este decirlo sin saber lo que dice y este apurar el incógnito que casi se quiebra, es de un placer estético finísimo. Ella tiene los presentimientos y los tiene también él. La oye llorar, se queda traspuesto y le parece que ya le ha conocido y que viene acercándose hacia su cabecera. Como ya es de día, se levanta, recoge la improvisada cama dejando cada cosa en su sitio, manto y pieles en la sala sobre una silla y cuero fuera de la puerta de entrada, y ora. ¿Qué pide? Un augurio de que se va a realizar lo que quiere... Atenas se lo dejó todavía indeciso. No le dijo el cuándo ni el cómo. Ulises quiere saber más. Y por eso pide dos presagios, uno de dentro, de hombre, y otro de fuera, de Zeus.

Pronto oye el trueno fuera, lenguaje de Zeus. Ulises se alegra. Está el cielo sereno, sin nubes, ¿y truena? Presagio de Zeus. Pronto oyó también el augurio humano. Y éste está trabajado con una emotividad penetrante que hace sentir todo

lo repugnantes que son los pretendientes que así tienen oprimido el palacio de Ulises. Verdaderas harpías que no contentos con afligir a los criados querían también arrebatarse a su esposa... ¿Qué extraño que la cólera del héroe rebose? ¡Venganza! Parece ser la voz que se oye en el ambiente... Y con la modalidad de la certeza. —¡Esa venganza vendrá!— Y de la proximidad —¡y vendrá hoy mismo!...— Es la nueva modalidad, es el crescendo del avance épico de la rapsodia. «El augurio humano salió de casa. Lo dió allí cerca una mujer molinera, donde estaban los molinos del pastor de hombres. Doce eran las criadas que daban rápidas vueltas moliendo harina de trigo y de cebada, manjar de hombres. Todas las otras estaban ya durmiendo pues habían acabado de moler los granos. Ella era la única que no había acabado, como más débil que era. Paró, pues, el molino y dijo estas palabras, augurio para su señor». ...¿De dónde viene el interés emotivo de este trozo? De la novedad de los molinos —tema no aparecido hasta ahora— y de su tinte hogareño y casero —la harina—, meollo de hombres. Del contraste entre las once criadas molineras que estaban ya descansando, y la pobre que todavía estaba a la rueda... con el aditamento de ser «la más débil»... Detalle conmovedor. Esta es la que con toda razón puede dar a su señor el augurio que deseaba para la venganza cierta y próxima: «Padre Zeus, cumple a esta miserable lo que te pide. Coman hoy por última vez en casa de Ulises esos pretendientes que me tienen deshecha de cansancio moliendo la harina. Sea esta hoy su última comida». ¡Hoy! ¡La última!... Es lo que quería Ulises. Por eso se alegró con los dos augurios —la voz humana y el trueno de Zeus— persuadido ya de que tomaría venganza de los criminales. Venganza cierta, venganza próxima. Hoy mismo. Así va avanzando la rapsodia, y así va encontrando el poeta notas nuevas sobre un mismo motivo musical: las hijas de Pándaro, la molinera...

ESCENA III

PREPARACION DEL ULTIMO BANQUETE

Pequeño interludio de variedad. Cambio de personajes y de tema. En vez de Ulises, intervienen Telémaco y Euriclea. En vez de la trayectoria de la venganza registrada en las anteriores escenas —desbordamiento de cólera y deseo de venganza—, tenemos la preparación detallada del último banquete. Pero no desligado del tema. Nunca lo es Homero. Antes muy unido con él. ¿No acaba de decir la molinera que sea esta su última comida? Pues una comida tan histórica bien merece se la haga resaltar... Y precisamente con este resalte consigue Homero el fin que quiere de hacer descansar . para nuevos avances.

Las otras criadas reunidas por las bellas moradas de Ulises encendían en el hogar el incansable fuego. Telémaco se levantó de la cama, divino mortal, se puso sus vestidos y se echó al hombro la aguda espada. Bajo sus brillantes pies se ató hermosas sandalias, cogió una robusta lanza bien apuntada por agudo bronce, y se puso —cómo no— en el umbral caminando, y dijo a Euriclea: «Ama querida, ¿al huésped le habéis honrado en casa con cama y comida o yace por ahí descuidado? Porque así es mi madre, tan prudente como es. Yo no sé cómo se pone a veces a honrar por ahí a un cualquiera de los mortales hombres y en cambio al mejor le despide sin honor ninguno». Pero le contestó la prudente Euriclea: «No la culpes ahora, hijo, sin culpa ninguna. Porque el huésped bebió vino sentado hasta que quiso él, y comida dijo que ya no quería más. Pues se lo preguntó. Y cuando ya podía tener ganas de descansar y dormir, ella mandó a sus criadas que le preparasen una cama. Aunque él, como hombre completamente miserable y desgraciado, no quería dormir en cama ni en mantas, sino que durmió sobre un crudo cuero de buey y sobre pieles de ovejas ahí en el vestíbulo. Y nosotros le echamos un manto».

Así dijo, y Telémaco se fué salón abajo llevando la lanza: con él, sí, dos perros veloces seguían. Y se fué caminando ha-

cia el ágora a los Aqueos de buenas polainas. Entonces ella, Euriclea, divina entre las mujeres, hija de Ops Peisinórida, llamó a las criadas: «Venid, barred unas la casa enseguida, rociadla con agua y echad en los sillones bien tapizados cobertores de púrpura. Otras, frotad con esponjas las mesas todas y limpiad las crateras y las copas dobles repujadas. Y otras, id por agua a la fuente y traedla volviendo enseguida. Porque los pretendientes no estarán mucho tiempo lejos de la sala, sino que vuelven muy de mañana, y es fiesta además para todos. Así dijo, y ellas —cómo no— la oyeron bien y obedecieron. Unas —veinte—, fueron a la fuente aguanegra, otras allí por la casa hábilmente se afanan. Entraron los criados de los Aqueos. Estos en seguida muy bien y hábilmente partieron la leña, y las mujeres llegaron de la fuente».

El contraste es base del secreto artístico, y este interés de Telémaco y de Euriclea —portavoz de Penélope— por el huésped, hace resaltar más las injurias, que forman como la cadena de esta rapsodia. Telémaco sabe que el mendigo es Ulises, pero no sabe que lo sepa Euriclea. Euriclea sabe que el mendigo es Ulises, pero tampoco sabe que lo sepa Telémaco. Por eso es grato oír hablar a los dos con el mismo interés y al mismo tiempo con la misma reserva. Encanta oír decir a Telémaco: «¿Habéis ofrecido cama y comida al huésped o le tenéis abandonado por ahí? Porque así es mi madre: tan prudente como es. Yo no sé cómo se pone a honrar por ahí al peor de los hombres y al mejor le despide sin honra». ¡Al mejor!... ¡Así es mi madre!... Este renacer del hogar entre el hijo, la madre y el padre, aunque incógnito, ¡qué encanto tiene! Y precisamente por ser incógnito... Encanto que se agranda con la defensa que hace Euriclea de la buena esposa honrando a su esposo incógnito. «No la eches la culpa, hijo, sin tenerla. Vino bebió, cuanto quiso, comida hasta que no quiso más: porque ella se lo preguntó». Y luego, para impresionar más al lector por la triste suerte de Ulises que así se encuentra aún en su propio palacio, describe cómo durmió, por necesidad de conservar su incógnito. «Penélope mandó a sus criadas que le preparasen una cama, pero él, como hombre completamente des-

graciado e infeliz, no quiso dormir en cama ni manta, sino en un cuero sin curtir y unas pieles de ovejas tirado en el pórtico. Un manto le echamos nosotras». Y esto lo dice Euriclea sabiendo que él es Ulises. Así tuvo que dormir por causa de los pretendientes..., pues sólo por ellos guardaba el incógnito. Nueva impresión de la violencia de los pretendientes por los efectos.

La hacendosa actividad de Euriclea y sus criadas es fresquísima, reproduciendo el mismo trajín en su dicción. La pintura es típicamente casera. En tres grupos las divide: Barrer, limpiar, buscar agua. En el barrido se fija en tres cosas: el mismo barrer, el rociar con agua el piso y el tapar los sillones. En el limpiar distingue las mesas, que limpian con esponjas, las crateras y las copas. En el buscar agua se fija en la pronta vuelta... Porque los pretendientes no han de tardar mucho en venir al salón, sino que vuelven muy de mañana, y además, es hoy día de fiesta para todos...». La fiesta pone aquí una doble nota: primero, ambientar este día que va a ser histórico, en un ambiente religioso dándole carácter sagrado. Segundo, llamar con ironía sofoclea día de fiesta a este que va a ser el último de todos los pretendientes. Esta semilla de que es día de fiesta se ha de ir desarrollando más adelante cuando Antínoo atribuya a esta causa el no poder manejar el arco. Como es día de fiesta y es el último, Homero nos ha reservado para este momento la descripción de la limpieza de la casa y el trajín afanoso y alegre característico de tales amaneceres festivos... Veinte van por agua a la fuente aguanegra, efecto de su sombría profundidad; las demás, hasta treinta —pues todas eran cincuenta como dirá Homero en el momento oportuno— se quedaron trabajando por la casa. Entran los criados a cortar leña, llegan las de la fuente con agua, y llegan también el porquerizo, el cabrero y el boyero trayendo cada uno sus correspondientes reses —las mejores y más abundantes— porque el banquete iba a ser opíparo. Así refleja el fresco despertar mañana y así da entrada a la escena de los criados.

ESCENA IV

LA INJURIA DE LOS CRIADOS

Propiamente es la injuria del criado, pues es uno sólo el que le injuria, pero como la fidelidad y cariño de los criados buenos exacerba más por contraste la injuria del malo, por eso poéticamente colaboran también ellos en esta injuria. Además, los lamentos del fiel boyero contando las vejaciones de los pretendientes encienden la cólera de Ulises para la matanza.

«Luego les llegó el porquerizo conduciendo tres cebones, que eran entre todos los mejores. A estos —cómo no— los dejó comiendo por el cercado hermoso, y él se dirigió así dulcemente a Ulises: «¿Extranjero, te miran ya los Aqueos con más atención o te deshonran todavía en los palacios como antes»? Entonces, contestándole, le dijo el de muchos recursos Ulises: «Ojalá, Eumeo, los dioses venguen ya la ignominia con que estos insolentes maquinan iniquidades en casa ajena, sin tener cuenta con la vergüenza». Así hablaban estos entre sí, cuando se presentó Melancio, pastor de cabras, cabras trayendo que sobresalian entre todo el rebaño: comida para los pretendientes. Dos pastores le seguían también. Las ató debajo del sonoro pórtico y él entonces se dirigió a Ulises insultándole: «Extranjero, ¿todavía nos vas a querer fastidiar también ahora pidiendo aquí por la casa a la gente y no te vas a ir de aquí? Está visto que ya no nos vamos a separar a lo que creo antes de probar nuestros puños, porque tú no tienes moderación en pedir. ¡Como que no hay por ahí más banquetes de Aqueos!». Así dijo, pero no le contestó nada el de muchos recursos Ulises, sino que, en silencio, movió la cabeza meditando males».

El tercero se presentó Filecio, conductor de hombres, trayendo una novilla estéril para los pretendientes y gordas cabras. Los barqueros —cómo no— las habían pasado, los que también conducen a otros hombres que a ellos se lleguen. Las reses las ató bien seguras bajo el pórtico muy resonante, y él empezó a preguntar al porquero acercándosele: «¿Quién es, porquero, este extranjero que ha llegado últimamente a nuestra casa? ¿De qué hombres se gloria ser? ¿Dónde está su fa-

milia y su patria tierra? Infeliz, en el aire parece un regio señor, pero los dioses desfiguran a los hombres mucho tiempo errantes, cuando les tejen, aún siendo reyes, su miseria». Dijo, y con la mano derecha le saludó acercándose y le dirigió hablándole estas aladas palabras: «Salud, padre huésped: que en adelante te acompañe la bendición, porque lo que es ahora son infinitos los males que te aquejan. Padre Zeus, ningún otro de los dioses es más destructor que tú: no sientes que los hombres, aun siendo de tu linage, estén llenos de males y dolores insufribles. Sudaba al verte y me están llorando los ojos acordándome de Ulises, pues también creo que andará él errante por los hombres cubierto de tales harapos, si es que vive todavía por ahí y ve la luz del sol. Pero si ya murió y está en la morada de Hades, qué pena entonces por mi intachable Ulises, que me puso siendo yo todavía pequeñito al frente de sus vacas en el pueblo de los Cefalenios. Y ahora son ellas incontables: imposible que se le pueda espigar más a nadie un rebaño de vacas de ancha frente. Vacas que ahora otros me mandan estárselas trayendo para comérselas ellos: Ni se preocupan para nada en los palacios del hijo, ni temen la mirada de los dioses. Hasta ansían repartirse ya las riquezas del tan largo tiempo ausente señor. Pero a mí me está dando vueltas en mi querido pecho una cosa: muy mal estaría que viviendo el hijo fuera yo a parar a otras tierras escapándome con las vacas y todo, a otros hombres extranjeros. Pero es que es todavía peor quedarme aquí sufriendo, cuidando vacas ajenas por ahí sentado. A buen seguro que hace tiempo que me hubiera ido ya a algún otro de los reyes magnánimos huyendo, porque ya no es aguantable lo que aquí pasa: pero todavía estoy pensando si no volverá aquel infeliz por aquí y no hará una desbandada por esta casa de todos estos pretendientes».

Entonces, contestándole, le dijo el de muchos recursos Ulises: «boyero, porque no me pareces un hombre malo ni tonto, porque entiendo yo también que la prudencia ha entrado en tu alma, por eso te voy a decir una cosa y te voy a hacer un gran juramento: sepa ahora el primero de los dioses y la hospitalaria mesa, y el hogar de Ulises sin tacha al que he llegado: que estando tú aquí ha de venir Ulises a su casa, y con

tus ojos le has de ver, si quieres, matar a los pretendientes que aquí se imponen». Y le contestó el hombre encargado de cuidar los bueyes: «Ojalá que el Cronida cumpliera esta tu palabra. Sabrías, cierto, cuál es mi fuerza y las manos que me siguen». Así también Eumeo suplicaba a todos los dioses que volviese Ulises prudentísimo a su casa».

* * *

Sigue llenándose la copa de la ira. Los tres criados la van haciendo subir con sus intervenciones. Todas tienden al mismo fin, aunque desde distinto punto. El porquerizo: «¿Ya te miran mejor o te deshonran todavía como antes?», con la contestación de Ulises: «Ojalá venguen ya los dioses tanta ignominia...». El cabrero: «¿Todavía estás aquí para fastidiar a los comensales con tus peticiones? ¿No hay más banquetes en Itaca?», y la no contestación de Ulises que mueve en silencio su cabeza revolviendo males... El boyero: «¿Quién es este infeliz recién venido? Sudor y lágrimas me ha causado su vista acordándome de Ulises, que andará también así tan harapiento... El me puso al cuidado de las vacas siendo yo un niño, y ahora son tantas que no hay quien las cuente. Pero otros se las comen. ¡Fementidos!, que quieren repartirse la hacienda de mi amo. Por eso he pensado escaparme con las vacas a otras tierras... Aunque viviendo su hijo estaría mal. Pero es que es mucho peor estar aquí cuidando vacas y sufriendo para que otros se las coman... Por eso hace tiempo que me hubiera marchado con ellas, si no esperase todavía en la vuelta vengadora de aquél desgraciado.

Las tres excitan por igual la cólera de Ulises, las dos cariñosas del porquerizo y el boyero, y la ofensiva del cabrero. Todas tres vierten sus aguas hacia la venganza: venganza contra los pretendientes y venganza contra el mal criado. Venganza cuya proximidad se acentúa cada vez más. En la primera intervención del porquerizo es sólo un optativo de proximidad: «ojalá los dioses venguen ya esta ignominia...» En la segunda del cabrero se masca ya esta proximidad: «Ulises no contestó sino que en silencio movió la cabeza, revolviendo males». En la tercera del boyero ya se anuncia categóricamente la pro-

ximidad mezclada con la poesía de la manifestación de Ulises: «Boyero, te voy a jurar una cosa: sea testigo Zeus y esta mesa hospitalaria y el hogar de Ulises que estando tú aquí ha de llegar el mismo Ulises, y le has de ver con tus propios ojos matando pretendientes...». La pregunta ingenua del boyero: «¿Quién es éste huésped recién venido? Su vista me hace pensar en Ulises, que andará como él!..., si es que vive... Aún estoy esperando su vuelta»... prepara esta profecía de la manifestación de Ulises, introduciendo otro tercer elemento de interés, renovador de los de la injuria y de la verganza. La simpatía de los dos criados fieles prepara la anagnórisis de Ulises por ambos criados antes de iniciarse la venganza.

Encanta esta presentación que hace Homero del boyero fiel. Es la primera vez que aparece Filecio en el poema, y su presentación nos le retrata de cuerpo entero. Como otro Eumeo, es fiel, es solícito, es cariñoso para el amo y aborrecedor de los que comen su hacienda. Un elemento nuevo introduce, muy natural en quien vive allá en el continente alejado de la isla de Itaca, y es la encantadora tentación de escaparse con las vacas... A no ser por el hijo de Ulises y sobre todo por la posible vuelta que aún espera de su amo... El número de reses que hoy traen al banquete —tres cerdos, cabras, una novilla y más cabras— están en consonancia con la festividad del día y con el banquete final de clausura... Otros días dice el poeta que llevaban un solo cebón. La tentación de huída del boyero, con la exclamación de la molinera y el mito de las hijas de Pándaro forman los tres elementos renovadores de variedad de esta rapsodia.

ESCENA V

LA INJURIA DE LOS PRETENDIENTES

«Así hablaban estos entre sí, y los pretendientes —cómo no— a Telémaco la muerte y la parca le estaban preparando. Pero les vino un ave a la izquierda, un águila de alto vuelo que llevaba una temblorosa paloma. Anfínomo entonces les habló y les dijo: «Oh amigos, no nos va a resultar este plan de la muerte de Telémaco: pensemos más bien en el banquete». Así

dijo Anfínomo y a ellos les agradó lo dicho. Y entrando en los palacios de Ulises divino dejaron los mantos por sillas y sillones, sacrificaron ovejas grandes y gordas cabras y mataron cerdos cebados y la novilla bien apacentada. Tostaban —cómo no— las entrañas y las distribuían, y en las crateras el vino mezclaban, las copas las repartía el porquero, y el pan se lo repartía Filecio, pastor de hombres, en hermosas canastillas, y el vino lo escanciaba Melancio. Y ellos a los manjares preparados que tenían delante les echaron mano.

Telémaco iba sentando a Ulises, tramando astucias, dentro del bien sostenido salón, junto al pétreo umbral, colocándole una silla vil y una pequeña mesa. Junto le puso la ración de entrañas y le echó vino en una copa de oro y le dijo estas palabras: «Siéntate aquí ahora entre la gente bebiendo vino: los dicterios y las manos de todos los pretendientes yo mismo te los quitaré, pues esta casa no es del pueblo sino de Ulises y para mí la adquirió él. Y vosotros, pretendientes, cuidado con los insultos y los golpes, no sea que se suscite alguna reyerta o riña». Así dijo, y ellos, —cómo no—, se mordían todos los labios con los dientes admirándose de Telémaco porque les hablaba tan valientemente. Y tomó la palabra Antínoo hijo de Eupites: «Aunque dura, recibamos, Aqueos, la palabra de Telémaco. Muchas amenazas nos está echando a nosotros... Porque Zeus Cronida no nos dejó... que si no ya le habíamos eliminado de este palacio a pesar de ser tan buen orador». Así dijo Antínoo, y Telémaco, —cómo no—, no se cuidó de sus palabras».

Es la primera parte de la injuria de los pretendientes. El cínico plan de matar al hijo de Ulises, tal como lo tramaron en la rapsodia XVI. Aquí el poeta lo recoge para cargar más de metralla la bomba que ha de estallar. ¿En el ánimo de Ulises o en el ánimo del lector? En el ánimo de los dos, porque los dos son conscientes de la infamia. Y esta clama al cielo. Clamor que se va a duplicar con la infamia siguiente.

«Los heraldos llevaban por la ciudad la sagrada hecatombe de los dioses. Y ellos se reunían —los Aqueos de larga cabellera— bajo el bosque sombreado del dios que dispara de lejos, Apolo.

Cuando los pretendientes asaron las carnes de afuera y las sacaron dividiéndolas en raciones, se pusieron a comer los espléndidos manjares y pusieron los que servían junto a Ulises —cómo no— una porción igual, como la que a ellos les había tocado. Porque así se lo había pedido Telémaco, querido hijo de Ulises divino.

A los pretendientes altaneros no les permitió de ninguna manera Atenas cesar en el insulto punzador del ánimo, para que penetrara todavía más el dolor en el corazón del Laertíada Ulises. Había uno entre los pretendientes —hombre sabedor de impiedades— llevaba por nombre Ctesipo y su casa la tenía en Samos, el cual confiado, claro está, en sus fabulosas riquezas pretendía la esposa de Ulises tanto tiempo ausente. Este —cómo no— habló entonces a los soberbios pretendientes: «Oídme, generosos pretendientes, lo que os voy a decir: «Ya tiene su ración el extranjero, una ración como conviene, igual que las de los demás: porque no es cortés ni digno defraudar a los huéspedes de Telémaco, quienquiera que sea el que llegue a esta casa. Pero, atención, que yo le voy a dar también un regalo para que pueda él ofrecer luego algún presente al encargado de los baños o a cualquiera de los demás criados que están en casa de Ulises divino. Así diciendo le tiró con su mano robusta la pata de un buey cogiéndola del cesto donde yacía. Mas él, Ulises, esquivó el golpe..., retirando un tantico la cabeza, y se sonrió en su ánimo sardónicamente, tanto... Y el hueso pegó contra el firme muro.

Telémaco —cómo no— reprendió a Ctesipo diciéndole: Ctesipo, de buena te has librado... No has pegado al huésped porque ha esquivado él el golpe, de lo contrario te hubiera atravesado por medio con la aguzada lanza, y en vez de bodas tu padre te hubiera tenido que preparar la sepultura aquí mismo. Por eso que nadie se ponga a hacer alarde de indignidades en mi casa: porque yo me hago ya cargo de todo y sé el alcance de todas las cosas —de lo bueno y de lo malo—, que ya no soy como antes cuando todavía era un niño. A pesar de todo aún estamos aguantando esto que vemos —reses degolladas, vino bebido, pan comido...—, porque es muy difícil para uno sólo contener a tantos. Pero, atención, no me hagáis más daño con esa

mala voluntad. Y si es que estáis todavía ansiosos de matarme a mí mismo con el bronce, lo preferiría, pues sería mil veces mejor morir que estar siempre presenciando estas acciones indignas: huéspedes maltratados, mujeres y criadas arrastradas vergonzosamente por estos preciosos palacios.

«Así dijo, y ellos —cómo no— se quedaron todos en profundo silencio. Y después de mucho tiempo les dijo por fin el hijo de Damástor, Agelao: «Oh amigos, que nadie conteste indignado con palabras hostiles a lo que está bien dicho, ni maltrate en nada al huésped ni a ningún otro de los criados que están en los palacios de Ulises divino. Y a Telémaco yo le diría unas palabras afables, lo mismo que a su madre, si es que agradan al corazón de ambos. Mientras vuestro corazón esperaba en vuestros pechos que volviera Ulises el prudente a esta su casa, no había por qué llevar a mal que os sostuvierais vosotros en vuestro propósito y contuvierais a los pretendientes en el palacio, pues esto era lo mejor si Ulises volvía y llegaba de nuevo a su casa. Pero ahora está bien claro que ya no ha de volver. Por eso, mira, siéntate junto a tu madre y díla estas cosas: que se case con el hombre mejor y que más dote le dé, para que tú recibas alegre la herencia toda de tu padre y comas y bebas, y ella cuide la casa de otro».

«Al cual replicó a su vez Telémaco prudente: Agelao, no —por Zeus y por las penas de mi padre que por ahí, lejos de Itaca debió perecer o anda todavía errante—, no retraso yo las bodas de mi madre, sino que la pido que se case con quien quiera y encima la ofrezco inmensos regalos. Pero es que me da vergüenza echarla de casa contra su voluntad con una orden terminante. No lo permita Dios».

Es la segunda injuria de los pretendientes, con la tesis de la rapsodia claramente expuesta: «No les dejó Atena cesar en sus injurias punzadoras para que todavía penetrara más el dolor en el corazón de Ulises». Es decir, para que rebosase más la copa de su cólera. Y esta última injuria es la que la hizo rebosar hasta desbordarse. Se caracteriza por el cinismo y por la sangre fría. No media por parte de Ulises ninguna provocación, como cuando Antínoo, en la rapsodia XVII le tiró el

banquillo, sino que nace todo de la petulancia y mala entraña del causante, que creía hacer una gracia con ello. Y en esta simpatía latente que creía encontrar en los pretendientes está la complicidad de todos ellos. Al causante lo caracteriza el poeta con dos epítetos: «hombre sin ley», y «plutócrata». Todo se lo creía permitido por sus muchas riquezas. El cinismo de la injuria está preparado primero por la ausencia de toda provocación, segundo, por la ocasión que toma el injuriante, que es el habersele servido a Ulises la misma ración que a todos los demás —ruindad de alma molestarse por ello—, tercero la ironía con que comenta «no está bien defraudar a un huésped de Telémaco», y cuarto el sarcasmo con que dice: «voy a darle yo también un regalo como a huésped, para que tenga con que poder dar una propina a algún criado...». El contraste repugnante que resulta de estas palabras tan especiosamente corteses y lo que ellas realmente significan es lo que constituye el secreto artístico de este trozo. Las palabras no han podido ser más delicadas, ni su significado puede ser más brutal. «Tiró una pata de buey con mano fuerte, cogiéndola del canastillo donde yacía. Ulises evitó el golpe apartando un poquito la cabeza y se sonrió en su ánimo con risa tan sardónica...». La serenidad de Ulises apartando nada más que un poco la cabeza y sobre todo su sonrisa forzada, reconcentrada, sardónica..., es la calma, es el rayo que precede a la tormenta. El contraste de esta sonrisa cuando se esperaba el estallido de su cólera es mil veces más impresionante que todos los desfogues de la ira. Porque refleja venganza, porque refleja cálculo, porque refleja premeditación, porque refleja confianza... Ulises queda firme como el muro contra el que fué a dar la pata de buey.

La reacción de Telémaco está en consonancia con la gravedad de la injuria. «Si le llegas a dar, ahora mismo te atravesaba con mi lanza. Basta ya de villanías, que ya no soy ningún niño. Os vale el que soy uno sólo contra todos ...Preferible es morir que ver estas indignidades...». «Preferible es morir» había dicho hace poco Penélope, «preferible es morir» dice también ahora Telémaco. «¡Preferible es morir!», y Ulises lo está oyendo y lo está viendo y repite también por dentro: ¡«Preferible es morir!», que esto ya no se puede aguantar más...». Y sonríe con sonrisa tan sardónica...

Así va el poeta cargando la metralla y prendiendo ya la mecha... Porque aquí es cuando se prende ya la mecha, y lo que queda no es más que el humo que despide, humo intenso, sofocante que da la impresión de lo mucho que avanza y de lo rápido, lo inminente que está la descarga. La intervención de Agelao para dar por imposible la vuelta de Ulises y pedir por lo tanto el rápido casamiento de Penélope no hace nada más que aumentar por contraste la impresión de su presencia vengadora.

ESCENA VI

LA VISION DE TEOCLIMENO

«Así dijo Telémaco. Y a los pretendientes les dió Palas Atenas una risa inextinguible y les perturbó la mente. Y ellos se reían ya con mandíbulas ajenas, y comían carnes ya manchadas con sangre. Sus ojos —cómo no— se llenaban de lágrimas y sus pechos lanzaban suspiros. Entonces les dijo también Teoclimeno divino: «¡Ay miserables! ¿Qué mal es éste que sufrís? En noche están envueltas vuestras cabezas y vuestras caras y abajo vuestras rodillas. Suben los alaridos, lloran las mejillas, de sangre se están rociando los muros y las hermosas vigas. De fantasmas está lleno el pórtico y lleno también el patio... de fantasmas que bajan al Erebo cabe las sombras. El sol del cielo ha fenecido, y una perniciosa niebla se ha echado encima.

Así dijo, y ellos —cómo no— se reían de él todos alegremente. El primero que tomó la palabra fué Eurímaco, hijo de Pólibo: «Ha perdido el juicio el huésped que nos vino de otras tierras. Ea, pronto, muchachos, a echarle fuera de casa, que se vaya a la plaza ya que esto le parece una noche». Y a su vez le contestó Teoclimeno divino: «Eurímaco, no necesito guías, tengo ojos, oídos y pies a pares y en mi pecho un juicio bien entero nada vulgar. Con esto me voy yo afuera, pero entiendo que la calamidad viene ya sobre vosotros, calamidad de la que ni uno de vosotros podrá escapar ni esquivar, de vosotros los pretendientes que en casa del divino Ulises estáis injuriando a la gente y maquinando iniquidades».

Así diciendo salió de las moradas bien confortables, y se fué

a Peireo que le recibió benévolo. Los pretendientes —cómo no— mirándose unos a otros zaherían todos a Telémaco riéndose de sus huéspedes: «Telémaco, no hay otro con peor suerte para los huéspedes que tú: ahí tienes a uno, sucio vagabundo, insaciable de pan y de vino, incapaz para el trabajo ni para la guerra, verdadero peso muerto de la tierra. Y este otro que se nos levanta ahí a profetizar. Pues si me quieres oír, te voy a decir lo mejor: a los huéspedes los vamos a meter en una nave de muchos bancos y los vamos a mandar a Sicilia, donde te produzcan lo suyo». Así dijeron los pretendientes, y él ni se fijó en sus palabras, sino que en silencio miraba a su padre siempre esperando a ver cuándo este echaba la mano a los descarados pretendientes».

La fatídica escena de Teoclimeno recuerda el «Mane, Tegel, Fares...», de Daniel. Esta es la misión estética del adivino que recogió Telémaco en las costas de Pilos y trajo consigo a Itaca. Profetizar la inminente matanza, como antes había profetizado la inminente vuelta de Ulises. La profecía entra ya en el mundo de lo fantástico y maravilloso, y adquiere un carácter casi apocalíptico. Es como una idealización de la tesis de la rapsodia, una poetización del rebotar de la cólera precursora de la matanza. «Nunca me he reído más que esta tarde», decía un reo condenado a muerte, y «esta tarde» era precisamente unas horas antes de entrar en capilla... Por estos contrastes trágicos que se dan en la vida también los pretendientes de la casa de Ulises sufrieron uno de esos ataques histéricos de risa momentos antes de entrar también ellos en capilla... Tan histéricos que parecía que habían perdido el juicio. Los rasgos con que el poeta los describe son Shakespearianos. La risa era forzada —«se reían con mandíbulas ajenas»—. La carne que comían presagiaba tragedia —«carnes manchadas ya con sangre»—. Sus ojos lloraban de tanto reírse y suspiraban sin poder aguantar tanta risa. Dos son, pues, los rasgos: la risa —matizada por las mandíbulas, los ojos, los suspiros— y la carne que comían desvariados —cruda y con sangre—. La interpretación de Teoclimeno es espeluznante: «En noche están envueltas vuestras cabezas y vuestras caras y rodillas» —la oscuridad de noche trágica—. «Arden los ayes» —los gritos de la próxi-

ma tragedia—. «Regadas están de lágrimas las mejillas» —los próximos llantos—. «De sangre están rociados los muros y las bellas vigas» —la sangre trágica de la matanza—. «De fantasmas está lleno el pórtico y el patio... de fantasmas que van al Erebo bajo las sombras» —las próximas muertes y las almas de los difuntos pretendientes—. «El sol del cielo ha perecido y una niebla fatal se nos ha echado encima» —la oscuridad tenebrosa que va a dominar todo, casi apocalíptica—. Cinco son los rasgos en que se fija: la oscuridad, con que empieza y termina, envolviéndolo todo. Y dentro de esta oscuridad de muerte, los ayes, las lágrimas, la sangre, las almas de los muertos...

El comentario de Eurímaco aumenta la impresión por el contraste: «Ese se ha vuelto loco. ¡Ala! Sacadle fuera, ya que aquí se le hace todo oscuro»... Y la confirmación de Teoclimeno: «No necesito que me saquéis —tengo pies y ojos a pares... Sobre vosotros viene la desgracia que nadie evitará...» Lo mismo, el comentario jocoso que hacen ellos da la impresión de quien baila al borde del abismo: «¡Cuidado que tienes mala suerte con tus huéspedes! El uno mangante pedigón, el otro profeta... ¿No sería mejor venderlos en Sicilia?». Y chocando con esta inconsecuencia burlona el contraste de que Telémaco ni les oye siquiera, por mirar atento a su padre en silencio a ver si por fin empezaba ya la matanza. Porque efectivamente ya se puede empezar. Poéticamente ya han llegado al límite todos los hilos que integran la mecha: las injurias de los pretendientes, las injurias de los criados y de las criadas, las angustias de Penélope y de su hijo que suspiran por la muerte. Más. La mecha ya está encendida: la risa sardónica de Ulises en contestación al disparo de la pata es el primer chispazo... Y la risa inextinguible de los pretendientes que sigue a esta hazaña, como comentario desesperante de toda la jauría a aquella broma bestial, es el arder voraz de la mecha cuyo humo parece reflejarse en la tenebrosa visión de Teoclimeno. Ya «arden los ayes»... Por eso razón tiene Telémaco para mirar a Ulises a ver cuándo estalla por fin la bomba de su ira y de su venganza...

EPILOGO

«Ella enfrente colocó una magnífica silla —la hija de Icaro, la prudente Penélope— y estaba oyendo los dichos de todos en el salón de los hombres. Porque la comida la habían preparado entre risas —tan dulce, tan abundante, como que habían matado tantísimas reses—. Mas la cena... imposible pudiera ser más desgraciada, la cena que pronto les iba a preparar una diosa y un hombre valiente; porque ellos se habían adelantado a tramar indignidades».

Así presenta el poeta otra vez a Penélope en escena para la próxima propuesta del arco. Y así remacha la idea principal de esta rapsodia, la proximidad de la venganza, con un hiriente contraste entre la última opípara comida y la última trágica cena... La comida entre risas y abundancias sibaríticas —nunca habían matado tantas reses— y la cena entre las mayores desgracias que podían darse, cena preparada por una diosa y un héroe en contestación a tantas infamias... Ya está todo preparado y magníficamente preparado para el estallido final.

La característica de esta rapsodia es la sencillez de líneas con que está compuesta. No es nada más que ir echando hastillas al fuego, agua a la copa... para poner el corazón de Ulises al rojo vivo, para desbordar su cólera. El poeta formula claramente, repetidamente esta tesis a medida que van desfilando los cinco dardos punzantes que atraviesan el corazón de Ulises: la desvergüenza de las criadas, la angustia mortal de Penélope, el quejido de la molinera, el insulto del mal criado, los suspiros de los buenos y las felonías de los pretendientes —querer matar a Telémaco, tirarle la pata a Ulises, reír locamente la gracia...—. Todo tiende derechamente al fin y todo se remacha con la terrible frase: comida única, pero cena única también...

ENRIQUE BASABE, S. J.